

José Carlos De la Puente y Jimmy Martínez Céspedes.
El taller de la idolatría. Los manuscritos de Pablo
José de Arriaga, SJ. Lima: Biblioteca Nacional del Perú
y Universidad Antonio Ruiz de Montoya, 2021, 424 pp.

Christian Elguera

St. Mary's University of San Antonio
celguera@stmarytx.edu
ORCID: 0000-0003-1209-9370

Gracias al trabajo en conjunto de José Carlos de la Puente y Jimmy Martínez Céspedes ha sido posible la edición del libro *El taller de la idolatría. Los manuscritos de Pablo José de Arriaga, SJ* (2021). Este volumen, que consta de cuarenta documentos, brinda nuevas luces sobre los procesos de extirpación de idolatrías en Perú. A partir de un minucioso trabajo de archivo, los editores presentan una edición facsimilar de los papeles recopilados por el padre Pablo José de Arriaga. Como es sabido, Arriaga fue un destacado miembro de la Compañía de Jesús del siglo XVII y escribió el famoso libro *La extirpación de la idolatría en el Perú* (1621). En este sentido, la novedad de este libro es ofrecernos los materiales con los cuales trabajaba Arriaga, y mostrarnos el taller de operaciones de este jesuita. Investigaciones como *Into the Archive: Writing and Power in Colonial Peru* (2010) de Kathryn Burns y *Biografía y polémica: El Inca Garcilaso y el archivo colonial andino en el siglo XIX* (2018) de Enrique E. Cortez nos permiten entender el rol crucial de los archivos en los estudios coloniales. Arriaga, empleando un término prestado de Derrida en *Mal d' Archive* (1995), realizó sus labores como

un arconte que registraba y guardaba diversos documentos, ya sea para estar informado o para incluir esta información en su propia escritura.

Los editores ofrecen detalles importantes sobre la historia de este archivo, el llamado código B352; propiamente dicho, no estamos ante textos que son autoría de Arriaga, sino ante los papeles que él recopiló. Después de la muerte de Arriaga (ocurrida en 1622), los jesuitas organizaron estos papeles y los encuadernaron en un tomo titulado: *Espejo historial y cathólico en que si un hombre con atención se mira sacara aciertos para las acciones propias de los engaños, y yerros de las agenas, parte primera, año de 1642*; estos documentos fueron parte de la colección del Colegio Máximo de San Pablo de Lima. Cuando la Compañía de Jesús fue expulsada en 1767, el archivo fue trasladado a la Real y Pontificia Universidad de San Marcos. En 1821, Don José de San Martín decidió que estos materiales fueran trasladados a la Biblioteca Nacional. Posteriormente, en el periodo de la Guerra del Pacífico, esta documentación se pierde y vuelve a la Biblioteca Nacional gracias a la venta de coleccionistas. Pero los manuscritos tendrán un destino peculiar durante el famoso incendio de la Biblioteca Nacional en 1943. El director de esta institución, Carlos A. Romero, estaba consultando estos escritos y los había llevado a su despacho. Fue por este motivo que se salvaron del fuego y ha sido posible publicarlos en la presente edición.

El taller de la idolatría nos ayuda a entender el pensamiento de Arriaga más allá de la noción de un autor individual. Por el contrario, la lectura de esta edición nos aclara que el trabajo de Arriaga se consolidó gracias al ensamblaje de múltiples fuentes y relaciones (p. 12). De esta manera, cobra sentido el título de esta edición: el taller o el laboratorio donde se van combinando diversas herramientas que Arriaga reúne, edita o anota, tales como la carta de Arriaga a José de Cáceres Ulloa o su memorial presentado al virrey (pp. 111-116). Es importante subrayar que De la Puente y Martínez Céspedes se esmeran por mostrarnos

el modo de trabajo de los extirpadores. Ciertamente, gracias a las pesquisas de Pierre Duviols, ya teníamos noticias sobre la metodología de Francisco de Ávila, quien había acumulado una cuantiosa biblioteca durante sus campañas anti-idolátricas; sin embargo, la presencia de Arriaga parece haber sido soslayada aun considerando su importante labor y figura en el siglo XVII. De aquí que sea necesario plantearse esta pregunta: ¿por qué es necesario estudiar el archivo de Arriaga?

Arriaga fue quien mejor comprendió que la extirpación de idolatrías no podía restringirse solo a una práctica de viajes, visitas y adoctrinamientos en diversas comunidades indígenas; por el contrario, Arriaga concibió la importancia de transformar este proceso en una retórica o discurso capaz de promover un proyecto de raíz política. De tal modo, Arriaga busca convertirse en una figura influyente, manteniendo conexiones con importantes autoridades de la época, pues le interesa que estas autoridades apoyen y puedan solventar económicamente las visitas, la creación de un Colegio para hijos de cacique y una Casa de reclusión para hechiceros. Una primera parte del archivo de Arriaga incluye documentos del arzobispo Bartolomé Lobo Guerrero y del virrey Francisco de Borja y Aragón, Príncipe de Esquilache, textos que nos demuestran el importante rol de Arriaga dentro del contexto cortesano de la época. Como los editores recuerdan, citando a Pierre Duviols, no es de extrañar que Arriaga haya dispuesto y dirigido el orden de las campañas anti-idolátricas desde 1619 hasta su vuelta a España en 1622. Esta posición privilegiada se debía a que se movía dentro de círculos de poder que aprobaban sus decisiones. Este poder se evidencia en los cargos de Arriaga, a saber, fue director tanto de la Casa de reclusión como del Colegio de caciques entre 1618 y 1622. Otras evidencias de su poder pueden apreciarse en dos detalles mencionados por los editores: fue asesor del virrey Príncipe de Esquilache; según recuerdo del padre Nieremberg, Arriaga asistió al arzobispo Lobo Guerrero en su lecho de muerte.

El archivo de Arriaga nos deja en claro, además, que las extirpaciones de idolatrías no fueron una práctica dicotómica entre doctrineros católicos y grupos indígenas sin agencia. Por el contrario, examinando los papeles de este jesuita nos daremos cuenta que diversos sujetos indígenas colaboraron en el éxito de las extirpaciones de idolatrías (p. 16). Ya sea acompañando a los visitadores, ayudándoles en la traducción de lenguas, o indicando los escondites de las huacas, sin el apoyo de estos colaboradores hubiera sido imposible imponer la hegemonía del catolicismo. Esto se aprecia, sobre todo, en los informes que Rodrigo Hernández Príncipe enviaba a Arriaga, donde encontramos detalladas enumeraciones de ídolos, desde piedras hasta utensilios, que los visitadores no hubieran podido reconocer sin la ayuda de pobladores indígenas.

Explicuemos algunos ejemplos. El documento 29 describe la Semana Santa en San Damián y fue hecho por el cura y licenciado Alonso Ortiz de Cervantes. En el reverso del texto leemos "del indio de San Damián", una nota que resalta que un agente indígena pudo haber enviado o transcrito este documento. El documento 8 del archivo es una carta que Cristóbal Choquecassa envió a Arriaga, en la cual explica que su hijo "lleva unos papeles míos para que vuestra paternidad haziendome gran merced se ocupe de entretenerse por curiosidad" (p. 117). Otra mención sobre los colaboradores se encuentra en esta cita: "quien me dio noticia de las cosas de idolatría ocultas desta población fue el dicho Alonso Xulca Rique, ayudante del indio virtuoso Timotheo (p. 205). En la población de Llacoy (Ocros), este Alonso Xulca Rique indicó donde estaban escondidos los ídolos, ayudando al descubrimiento de la huaca Llamoc, depósitos de gentiles, y el gran cóndor Cayan.

No olvidemos tampoco la mención a Thimoteo, ya que su nombre nos revela las jerarquías que existían entre colaboradores: alguien con mayor rango dentro del sistema anti-idolátrico como Thimoteo y su asistente Xulca Rique. En el documento 17 del archivo, el licenciado Rodrigo Hernández Príncipe explica

que Thimoteo estaba enfermo, pero ya habiendo recuperado su salud plantea llevarlo a Huánuco para apoyar en las predicaciones (p. 158). Se infiere que Thimoteo era un agente de gran utilidad para los extirpadores y podemos entender su colaboración con los jesuitas como una forma de etnosuicidio –siguiendo las propuestas de José Rebassa–. Una carta de Cristóbal Choquecassa a Arriaga parece sugerir, con más claridad, los motivos de estas colaboraciones. En dicha carta, Choquecassa solicita a Arriaga que interceda por él para obtener una mayor retribución económica en Huarochirí y también le pide ayuda para su hijo. Se puede inferir que este tipo de colaboradores comprendieron, muy estratégicamente, los beneficios que podrían obtener insertándose dentro del sistema colonial. Por lo tanto, su colaboración estaba lejos de cualquier tipo de pasividad.

Visibilizar, desenterrar presencias como las de Thimoteo o Xulca Rique es capital para comprobar que intelectuales como Arriaga no trabajaban aislados. Los visitantes no trabajaron solos, sin ningún tipo de asistencia. Así las cosas, los editores están resaltando que estos agentes indígenas participaban activamente en un entramado de poder, siendo sus conocimientos de vital importancia para la evangelización católica. En este sentido, los aportes de De la Puente y Martínez Céspedes se conectan con el trabajo de John Charles en su libro *Allies at Odds: The Andean Church and Its Indigenous Agents* (2010); esta línea de investigación aún necesita continuar profundizándose. En el contexto mexicano, por ejemplo, todavía desconocemos las identidades de los colaboradores de Sahagún en la elaboración del Códice Florentino. Desconocemos, igualmente, el nombre de los sujetos indígenas que diseñaron los mapas de las Relaciones Geográficas. En el caso peruano, este libro brinda un camino para descubrir “el trabajo de una legión creciente de narradores, amanuenses, polemistas, litigantes y observadores andinos” (p. 18).

Los papeles de Arriaga nos muestran, a su vez, los diversos modos de la violencia colonial. Así, la conversión del informante

Xulca Rique en Alonso Vázquez no fue inmediata. El documento 34, que describe la visita del licenciado Rodrigo Hernández Príncipe al pueblo de Ocros, informa que Xulca Rique fue sometido a diversas torturas. Atendamos este pasaje: "le dio [el cura don Plácido] crueles tormentos para que declarasse donde estaban sus huacas, hasta meterlo a una hoguera de fuego, on otras notomías" (pp. 205-206). No es de extrañar que prevenido ante esta violencia se haya convertido en un colaborador. Asimismo, debemos resaltar la construcción de espacios disciplinarios. En primer lugar, está la construcción de un colegio para los hijos de los caciques. Arriaga fue director de dicho colegio y, de hecho, el libro incluye el diseño que hizo de la planta del edificio. El objetivo era educar a los hijos de las principales autoridades indígenas y, para lo cual, se solicitaba que cada cacique enviase voluntariamente a sus hijos. Esto se verifica en unas de las cartas del virrey Francisco de Borja y Aragón que Arriaga guardó entre sus papeles (documento 24, p. 165). De esta manera, se buscaba erradicar las prácticas idolátricas y evitar cualquier tipo de posible rebelión. En segundo lugar, mencionemos la casa de reclusión para hechiceros en el pueblo del Cercado a cargo de la Compañía de Jesús, conocido como la casa de la Santa Cruz y que inspiraba "temor" (p. 53). Aquí eran enviados hechiceros que reincidían en sus pecados. Asimismo, esta casa era un modelo que se iba copiando en otros pueblos. En uno de sus informes, Hernández Príncipe notifica a Arriaga: "no a sido de poca conçideraçión la cassa de reclusión que para los ydólatras, relapso e impedidos se a hecho en este pueblo" (p. 137). Asimismo, en otra carta del archivo, el secretario mayor José de Cáceres y Ulloa recomienda a Arriaga que se ponga un cerco en la casa de la Santa Cruz para impedir que los hechiceros huyan (p. 213). Esto ya había ocurrido en el pueblo de Recuay, donde don Francisco Machachuay y su hijo Juan Machachuay fugaron de esta cárcel para los maestros de la idolatría (p. 143).

Arriaga estuvo a cargo de dirigir ambos espacios (p. 181). Vemos al jesuita enviando cartas para solicitar dinero, de tal

que puedan cubrirse gastos de alimentación en la casa de reclusión. Tanto el colegio como la cárcel eran espacios imaginados y producidos para impedir la continuidad de los rituales indígenas; su organización espacial y sus formas de disciplina estuvieron orientadas a destruir el poder de las huacas. Al respecto, es importante recordar que en un pasaje de *La extirpación de la idolatría en el Perú* (1621), Arriaga se lamentaba de que era imposible eliminar la presencia de las montañas. Escribe entonces: "y ya que no se les puede quitar delante de los ojos, porque son fixas, y inmóviles" (p.12). Frente a la amenaza del espacio de la naturaleza, Arriaga se encargó de erigir espacios de adoctrinamiento.

Otra contribución clave de esta publicación es ayudarnos a entender la producción del manuscrito de Huarochirí. Por un lado, es conocido que Arriaga nos reconoció la autoridad que tenía Francisco de Ávila, de tal modo que lo cita como fuente indispensable en sus trabajos. Por otro lado, en los papeles de este archivo, aparece Cristobal de Choquecaxa, a quien diversos investigadores han atribuido la autoría del manuscrito (por ejemplo, Alan Durston). La hipótesis de Choquecassa como autor parece tener un nuevo sustento en la revisión de los documentos de Arriaga (p. 19). Sin duda, Choquecassa fue un informante cercano de Arriaga y éste empleó sus informes en la elaboración de sus textos y relaciones políticas. Se concluye entonces que Choquecassa brindó referencias sumamente útiles para la extirpación de idolatrías, principalmente a partir del envío de papeles que luego serían empleados en las campañas de evangelización.

Finalmente, el trabajo editorial de De la Puente y Martínez Céspedes ofrece diversas pautas sobre cómo publicar textos coloniales. Estamos ante un trabajo que se contrapone a las ediciones de Carlos A. Romero. Es importante mencionar que Romero tenía el interés de difundir los textos coloniales a una gran audiencia, encargándose de publicar partes de *Espejo historial y catholico* en medios locales. Esto lo llevó a seleccionar

partes del archivo caprichosamente y, de manera más controver-sial, modernizar el castellano de los documentos. Resalte-mos que estos documentos, como la relación de San Ildefonso de Recuay de 1622, fueron copiados por sujetos indígenas que estaban aprendiendo a escribir y que, por lo tanto, transcri-bieron los informes con un tipo de castellano en contacto con lenguas indígenas. La decisión de Romero de "modernizar" esta escritura significa una forma de invisibilizar el trabajo de estos copistas indígenas, ya que no queda huella alguna de su par-ticipación. Como indican De la Puente y Morales, las ediciones de Romero silenciaron "importantes voces involucradas en la producción y circulación del conocimiento contenido en estos documentos" (p. 46).

El taller de la idolatría. Los manuscritos de Pablo José de Arria-ga, SJ. tiene tres méritos importantes: 1) ofrecer un método de traba-jo para futuras pesquisas dentro de archivos coloniales; 2) explicar que los textos coloniales deben ser entendidos como ensamblajes intertextuales donde se entrecruzan diversos agentes; 3) esclarecer la activa participación de sujetos indígenas en los procesos de ido-latrías a fin de reconocer sus formas de empoderamiento; 4) la cui-dadosa transcripción del documento permite identificar las huellas materiales (notas, transcripciones, correcciones) del archivo. Este li-bro se configura entonces como una vía de entrada al taller de textos coloniales que nos ayuda a atisbar el trabajo de un archivista que sabía muy bien cómo utilizar las cartas, testimonios, provisiones, edictos y relaciones que iba recolectando.